



Nuevas condiciones de recepción en el siglo XVIII: aspectos jocosos en *El lazarillo de ciegos caminantes*, de Alonso Carrió de la Vandra¹

Virginia P. Forace²

Recibido: 15/01/14
Aceptado: 18/02/14

Resumen

El lazarillo de ciegos caminantes (1776-5), de Alonso Carrió de la Vandra, es un relato de viaje que se encuadra en el clima de reformas modernizantes que rodeó a las colonias españolas en América a fines del siglo XVIII; sin embargo, el texto presenta una serie de anécdotas jocosas que lo distinguen del resto de las producciones ilustradas coetáneas. En este trabajo las analizaremos considerando su función interna en la obra –ejemplificar, aconsejar, argumentar o advertir a los lectores y mantener a la vez su atención– y su posible correlación con las nuevas condiciones de publicación y recepción de ese momento.

Palabras clave

El lazarillo de ciegos caminantes – Carrió de la Vandra – anécdotas jocosas – condiciones de recepción en el siglo XVIII.

Abstract

El lazarillo de ciegos caminantes (1776-5), of Alonso Carrió de la Vandra, is a traveller's tale which response to the general ambience of modernizing reform at the end of the eighteenth century in the Spanish colonies in America; however, the text shows a group of humorous stories which make it difference from others contemporary enlightened production. This article analyses it in its internal function in the text –to illustrate, guive advise, argue or to forewarn and keep the readers's attention– and proposes its possible correlation with the new reception conditions.

Keywords

El lazarillo de ciegos caminantes – Carrió de la Vandra – humorous stories – reception conditions in the eighteenth century.

Los desafíos de la prosa del siglo XVIII

La América española del siglo XVIII nos ha dejado una interesante colección de documentos de diverso tipo: sermones, oraciones, tratados devotos, de retórica o filosofía, historias urbanas, regionales o indígenas, relaciones de viajes, diccionarios y enciclopedias variadas y, ya a mediados del siglo, embrionarios periódicos y gacetas –de temprana aparición en las ciudades principales, como México, Lima y Cuba (Stolley 2006). Como

¹ Una versión preliminar de este trabajo fue leída como ponencia con el título “La consideración del lector en *El lazarillo de ciegos caminantes*, de Alonso Carrió de la Vandra” en el *I Congreso Internacional Nuevos horizontes de Iberoamérica*, realizado en la Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 6 a 8 de noviembre de 2013.

² Profesora y Licenciada en Letras (UNMDP-CONICET). Contacto: virginiaforace@yahoo.com.ar

puede verse, no sólo el verso neoclásico reclama entonces nuestra atención, sino también la fructífera producción en prosa que vio la luz en esos años.

Estos textos variados manifiestan formas de concebir la escritura y la lectura, y de entender las relaciones entre los autores –si es que podemos pensarlos como tales³– y sus receptores muy diferentes, en verdad, a las que manejamos en la actualidad, no sólo por el reducido número del público alfabetizado –aunque la circulación de lo escrito superaba en mucho la de lo impreso–, sino también por las condiciones particulares que el siglo tuvo para la publicación en América –tanto la autorización concreta, como la motivación, a veces, meramente oficial, que la impulsaba.

A pesar de estas reservas, nos encontramos en un momento de cambio de comportamiento en los lectores, especialmente desde mediados del siglo XVIII, ya que comienzan a establecer nuevas relaciones con los textos (Silva 1998; Wittmann 2001).⁴ En el caso de las colonias, las prácticas de lectura empiezan a modificarse por la proliferación de nuevos espacios de discusión y nuevos comportamientos, como las asociaciones de lectura, las tertulias y el novedoso interés por la lectura de las gacetas. El carácter minoritario de los grupos sociales afectados en principio por estas nuevas prácticas no debe, sin embargo, opacar la novedad que constituyen y su significación, pues ése era el marco en el que empezaba a fabricarse por primera vez una sociedad de opinión y de libre examen, a la manera de un laboratorio (Silva 1998: 81).

Asimismo, la etapa de las grandes expediciones científicas, del afán de progreso a través del espíritu crítico, de la relevancia de la razón y la experiencia propias de la Ilustración europea se dieron en América, a diferencia de otros lugares, a la par de la defensa de la religión (Lafaye 1990); el reinado de Carlos III trajo una ilustración católica que se expresó en una primitiva prosa ilustrada, pero que convivió con la larga duración de formas barrocas.

Por todo esto, la producción escrita del siglo XVIII se presenta muchas veces como un desafío interpretativo para los lectores contemporáneos: a la evidente distancia cultural e ideológica, se le suma la dificultad que las prácticas discursivas usualmente recurrían a géneros y expresiones que hoy han caído en desuso o que no son considerados dentro de la formación textual literaria;⁵ los textos en boga eran los de carácter religioso –escritos

³ Si consideramos al autor sólo como aquél que publica estaremos cometiendo el error de dejar fuera de nuestra consideración a muchos otros que dieron a conocer sus textos por medio de las variadas formas de las que disponía el siglo: obras manuscritas, pasquines y hojas sueltas, publicación “a viva voz”, todas eran formas aún habituales en la América colonial, donde pocos podían conseguir el permiso de publicar o contaban con los fondos para hacerlo.

⁴ Reinhard Wittmann señala el cambio en el comportamiento lector desde mediados del siglo XVIII, el cual pasó de la lectura intensiva –lectura repetitiva de un pequeño canon común de textos conocidos y normativos– a la lectura extensiva –avidez de consumir cierto material nuevo, variado y que satisfaga el deseo de entretenerse privadamente. (2001: 499)

⁵ En este sentido, Karen Stoley señala que “La prosa del siglo XVIII en Latinoamérica comprende obras que son hoy en día inaccesibles o que están fuera de moda en el sentido literario. El lector se encuentra a menudo con géneros marginales –el ensayo científico o filosófico, el diario de viaje– cuya literariedad es de alguna manera problemática, o con texto híbridos que se resisten a la fácil categorización genérica.” (2006: 357). Por su parte, Walter Mignolo propone que los textos se pueden clasificar a partir de su inclusión o pertenecía en una clase, en diversas *formaciones textuales* (literarias, filosóficas, historiográficas, etc.); y a partir de las particularidades de la forma de los textos, en diversos *tipos discursivos* (en literatura, por ejemplo, contamos con la clasificación en géneros). Los textos coloniales presentan la dificultad de que los tipos discursivos no se relacionan con una sola formación textual, sino que pueden pertenecer a diversas formaciones textuales, ya

contemplativos, sermones, elegías literarias—, las novelas epistolares, las meditaciones filosóficas, las obras historiográficas —historias locales, indígenas, etc.—, y los libros de viaje (con mayor o menor trabajo retórico), los cuales tenían una conformación temática heterogénea que combinaba aspectos históricos, políticos, científicos, artísticos y literarios, en una unidad no problematizada.

Ahora bien, incluso entre estos exponentes había ciertas características comunes que permitían delinear tipos discursivos; es el caso de los libros de viaje, los cuales habían alcanzado un notable interés en el público, especialmente en este siglo, cuando el impulso de las reformas borbónicas hizo proliferar no sólo los viajes a América —destinados a mejorar el conocimiento sobre este dominio español—, sino también los textos, resultado de pedidos de la corona y de la demanda de los lectores contemporáneos.⁶ Estos relatos estaban, en general, signados por los principios ilustrados que potenciaban el espíritu crítico y utilitario, y cuyo enfoque era el de la rigurosidad y objetividad científica expresados en una prosa descriptiva/explicativa donde primaba el desarrollo lógico y racional; sin embargo, no todos ellos pudieron mantener esta austeridad, en particular en un contexto de pervivencia de las formas barrocas y de las tradiciones populares españolas (como las tradiciones folklóricas literarias).

Este es el caso de *El lazarillo de ciegos caminantes*, de Alonso Carrió de la Vandra, cuya obra presenta un carácter atípico en relación con la literatura de viajes del siglo XVIII (Carilla 1976; Pupo-Walker 1980; Rodrigo 1992, entre otros), no sólo por la ficción narrativa que constituye la creación literaria del personaje de Concolorcorvo, sino por introducir una serie de componentes narrativos extraños en los relatos de viaje de la ilustración: junto a las informaciones útiles sobre caminos, aspectos comerciales y culturales, el texto incluye una serie de chistes, anécdotas y chanzas, que superan ampliamente los elementos presentes en los textos de sus contemporáneos; esta unión entre lo útil y lo jocosos constituye para muchos críticos la verdadera riqueza de la obra.⁷

Estos rasgos, muchas veces desechados o minimizados por la crítica,⁸ son los que interesan al presente trabajo, ya que creemos que la proliferación de este tipo de relatos dentro del texto responde a motivaciones no sólo internas —como en los casos en los que funcionan como refuerzos argumentativos—, sino también externas, como es la consideración de un público lector que en ese momento se encontraba en vías de desarrollo.

que el tiempo puede hacer que un texto que no ha sido pensado como libro, luego sea publicado por el referente que aborda para ser interpretados desde el ámbito de la historiografía o la literatura (1999: 57-58).

⁶ Diana Marre señala que “De entre los materiales con singular convocatoria entre editores y libreros para su edición y difusión se hallaban, ya desde la última parte del siglo XVIII, los relatos de viajes realizados por naturalistas, exploradores, funcionarios y viajeros en general, por las áreas menos exploradas y explotadas de los mundos coloniales.” (2005: 299)

⁷ Emilio Carilla señala: “Lo que destaca a *El lazarillo de ciegos caminantes* en medio de una producción olvidada o, simplemente, muerta, es el gracejo con el que está escrito, los comentarios graves o burlones, las descripciones costumbristas, la agudeza con que subraya las mil peripecias del viaje.” (1976: 116).

⁸ Nos referimos a los trabajos que proponen “no exagerar” la importancia de los componentes literarios y sólo concentrarse en el texto en cuanto “testimonio” o “documento” de época, como pueden ser los artículos de Rafael Ocasio (1997), o a los comentarios de Marcel Bataillon, (“No exageremos su valor literario” (1960: 207)), o de Enrique Pupo-Walker (“el libro no es el fruto de una elaboración exquisita, ni mucho menos. [...] Existen, eso sí, algunos trozos muy sugestivos [pero] la indiscutible importancia del texto radica primordialmente en su amplio sentido testimonial.” (187)), quienes, si bien se ocupan de estos aspectos, afirman que no son lo más relevante de la obra.

La función persuasiva de las anécdotas jocosas

El itinerario que escribe Alonso Carrió de la Vandra es un extenso relato de su viaje desde Buenos Aires a Lima, realizado en el marco de sus funciones como visitador de correo, donde describe no sólo el estado de las rutas y el camino de postas del Virreinato del Perú, sino las ciudades, los habitantes, el comercio, las prácticas y costumbres sociales de los territorios que atraviesa, a la vez que presenta una defensa de la colonia española y propone un proyecto reformista que mejore la producción y la eficiencia de América. Ahora bien, este contenido, que podría haber sido expuesto como un informe o un libro de viaje bajo los parámetros de la prosa ilustrada, presenta una construcción retórica atípica, lo que da cuenta de que hubo una intención por parte de su autor para que su texto adquiriera otra dimensión. La marca más clara de ello es la creación literaria del personaje Concolorcorvo, quien asume el rol de autor del relato (el cual estaría basado en las memorias del visitador); esto permite que la obra despliegue en muchos de sus pasajes una estructura dialógica entre ambos personajes (Pupo-Walker: 1980).⁹ No nos ocuparemos aquí del problema autoral, sino que sólo lo referimos en tanto constituye una muestra de la manipulación retórica de que es capaz el autor.¹⁰

Intercaladas entre las largas descripciones, el texto presenta una serie de digresiones, anécdotas y chistes que distienden la lectura. La mayoría de ellas son introducidas por la voz de Concolorcorvo, pero, a pesar de la ficción narrativa, se admite expresamente la autoría de Carrió; al introducirlas se dice, por ejemplo, “viene al caso un chiste que nos contó el visitador” (137); la intención declarada de que el texto será la mezcla entre lo útil y lo entretenido –“soy peje entre dos aguas, esto es, ni tan pesado como los unos ni tan liviano como los otros” (5)–, encuentra así su forma y dará muestras de ello ya en sus primeras páginas.

En el prólogo se refieren, al menos, cuatro historias que podrían considerarse digresiones donde se exhibe un carácter burlón o satírico; en todos los casos, el disparador que les permite proliferar siempre se encuentra en el relato central, con el cual establecen relaciones de diverso tipo: algunas sirven para ejemplificar lo que se ha dicho; otras, para aconsejar, argumentar o advertir a los lectores.

La primera de ellas sigue a una presentación del tema central de la obra que realiza Concolorcorvo: refiere al sistema de correo, explica la antigüedad de las postas y menciona un dato curioso: esa actividad estaba más desarrollada en América que en España. Este comentario final le permite agregar:

⁹ Esta obra ha atraído la atención de la crítica desde hace años; le debemos el esclarecimiento de los problemas clásicos del texto a reconocidos investigadores: los arduos debates sobre la autoría de Alonso Carrió de la Vandra han quedado suficientemente zanjados en la década del ‘50 gracias a los trabajos de José Torres Revello, Federico Mojardín, José Real Díaz, y, posteriormente, con los de Marcel Bataillon y Emilio Carilla; similar resultado ha tenido la dilucidación de los datos relativos a la primera publicación (lugar, año, imprenta), falseados por su autor en la portada, pero fijados en la actualidad en la imprenta de los “Huérfanos” de Lima entre el año 1775 y 1776 (Altuna 2002). Asimismo, las discusiones sobre su género textual han coincidido en definirlo como libro de viaje (Carilla 1976; Pupo-Walker; Altuna; Rodilla-León; Lorente Medina) o itinerario de viaje (Bataillon 1960; Borello 1982; Stolley 1992).

¹⁰ La ficción narrativa que realiza Carrió de la Vandra ha sido analizada en un artículo previo, donde propongo que no se trata de un “fallo”, como han afirmado muchos, sino que la ficción autoral y la estructura dialógica son recursos deliberados que responden a una intención retórica, y que son utilizados en conjunto por el autor para instaurarse como figura con autoridad y legitimar así sus juicios sobre la realidad colonial (Forace 2013).

He visto en la corte de Madrid que algunas personas se admiraban de la grandeza de nuestro monarca, porque cuando pasaba a los sitios reales llevaba [...] dos correos [...], preparados para hacer cualquier viaje [...]. A estos *genios espantadizos*, por *nuevos y bisonños* en el gran mundo, les decía el visitador que el rey era un pobre caballero, porque cualquiera dama cortejante, y cortejada en la corte, y al respecto en otras ciudades grandes, tenía una docena, a lo menos, de correos y postas, y que no había señora limeña que no despachase al día tres o cuatro extraordinarios a la casa de sus parientes y conocidos, sólo con el fin de saber *si habían pasado bien la noche, si al niño le habían brotado los dientes o si a la ama se le había secado la leche y otras impertinencias*. (1985: 6, las cursivas son mías)

La función ejemplificadora en este caso es clara, pero se advierte además cómo se recurre a la exageración no sólo para demostrar que era una práctica americana habitual, sino para satirizar a los involucrados: por un lado, a los “genios espantadizos”, quienes observan exclusivamente al rey como modelo, ignorando no sólo el desarrollo de este instrumento en otras regiones del mundo, sino también en su mismo territorio (“en la corte”); por el otro, “la señora limeña”, que vale por todo el grupo de mujeres de alta sociedad, quienes se dedican a actividades “impertinentes” o poco productivas.

La segunda anécdota se encuentra enmarcada por una larga lista de consejos que el visitador brinda a los viajeros, entre los que se cuentan la comida que es recomendable consumir, la cantidad de paradas para descansar, el trato generoso que se debe tener con los dueños de las cargas, los peones, indios guías, etc.; entre ellos, se da la fórmula para ir más rápido y ser bien servido, aunque de una manera poco “ortodoxa”:

El que quisiere caminar más, haga lo que cierto pasajero ejecutó con un indio guía. En la primera cruz que encontró hizo su adoración y echó su traguito y dio otro al indio, que iba arreándole una carguita, y le hizo doblar el paso. [...] Luego que divisó [una] segunda cruz y se acercó a ella, dijo al español: «Caimi cruz», y detuvo un rato la mula de carga, hasta que el español bebió y le dio el segundo trago, llegó, finalmente a una pampa dilatada de casi cuatro leguas, y viéndose algo fatigado a la mitad de ella, dijo el indio: «Español, caimi cruz», se quitó el sombrero para adorarla y dar un beso al porito, pero no vio semejante cruz, por lo que se vio precisado a preguntar al indio: ¿En dónde estaba la cruz, que no la divisaba? El indio se limpió el sudor del rostro con su mano derecha, y con toda celeridad levantó los brazos en alto y dijo: «Caimi señor». El español, que era un buen hombre, celebró tanto las astucias del indio que le dobló la ración, y el indio quedó tan agradecido que luego que llegó al tambo, refirió a los otros mitayos la bondad del español, y al día siguiente disputaron todos sobre quién le había de acompañar. (1985: 10)

La jocosidad se esconde nuevamente en la narración, la cual apela a diversas competencias de los lectores pues requiere que interpreten la comicidad que se produce por la gestualidad del indio que se “hace” cruz para recibir el trago, y por la mezcla lingüística del “caimi cruz” –“caimi”, palabra que en quechua expresa respeto, y “cruz” palabra española. Además, la introducción de la historia se relaciona directamente con la lista de recomendaciones que le precede y es una forma indirecta de aconsejar a los caminantes por medio de un ejemplo: el episodio narrado muestra cómo la generosidad y humor del

español le garantizó no sólo el buen trabajo de su acompañante, sino también una buena fama entre los otros indios guías.

En ambos casos, las anécdotas incluidas funcionan como ejemplos que distienden la lectura y convocan la atención del lector; si bien estaba en plena vigencia el tópico clásico de *prodesse et delectare*, también podríamos relacionar estos recursos con la larga tradición de los *exemplum*, ficciones narrativas intercaladas en los discursos serios, cuya función era ilustrar, aligerar y mantener la tensión del discurso (Prat Ferrer 2007). Aunque estos textos estaban ya en declive en el siglo XVIII, pertenecían a un género que tuvo su fuerte impacto en los diversos tipos discursivos, especialmente como recurso persuasivo;¹¹ en este sentido, puede observarse cómo se mantienen similares relaciones de imbricación entre el marco y el apólogo: la analogía entre lo que se aconsejaba y lo que se presenta en los ejemplos.

Otras opciones de relación entre el marco y el apólogo es la de metonimia: el relato no es simple ejemplo de lo que antecede, sino que encierra en sí mismo una máxima. Este sería el caso de la siguiente historia presentada en el prólogo; allí, luego de enumerar los diversos problemas que se pueden presentar en un viaje –como las indigestiones por la comida pesada, las insolaciones, los médicos que cobran “media annata” o párrocos “canberos”, es decir, que tratan de sacar dinero por cualquier método¹²–, se dice:

Los serranos, hablo de los mestizos, son más *hábiles en picardías y ruindades* que los de la costa. Uno de aquéllos, que llegó de refresco, pasó con dos compañeros a un convento de monjas de los más regulares que hay en esta capital, y llamando a la madre *superiora, sea priora, abadesa o condesa*, le dijo en el locutorio, que había ofrecido a un convento observante hacer una limosna de mil carneros [...]. La buena *presidenta, o priora*, agradeció la preferencia que hacía a su comunidad y por pronta providencia les sacó una mesa de manjares [...]. La buena madre los convidó al día siguiente a comer [...] y los serranos [...] se hicieron invisibles, dejando a la buena prelada a la irrisión de todas las monjas [...]. *Cuidado con mestizos de leche*, que son peores que los gitanos, aunque por distinto rumbo. (1985: 13, la cursiva es mía)

Aquí la historia toma como centro el tema del engaño, núcleo que se repetirá en otros cuentos diseminados a lo largo de la obra;¹³ la tipificación de los serranos como “hábiles en ruindades” es interesante porque no apela al motivo clásico del latrocinio, sino que elabora un relato propio de un pícaro, quien estafa con su ingenio en busca de comida.¹⁴ La inestabilidad de definiciones con que se denomina a la víctima del engaño es

¹¹ La tradición de los *exemplum* puede remontarse a la Antigüedad Clásica y de ellos se han ocupado notables pensadores como Aristóteles; también la Edad Media se ocupó de ellos, no sólo los retóricos, sino también los religiosos, quienes los incorporaron como recurso persuasivo en sus sermones; Roland Barthes, por su parte, define al *exemplum* como una inducción retórica: se procede de algo particular a otra cosa particular mediante la cadena implícita de lo general: de un objeto se infiere la clase, luego de esta clase se infiere, descendiendo en generalidad, un nuevo objeto. Es una similitud persuasiva, un argumento por analogía (1993).

¹² La críticas hacia médicos y párrocos usureros se entronca con una larga tradición en la literatura española, no sólo con el reconocido Francisco de Quevedo, sino con el casi coetáneo Juan del Valle y Caviedes.

¹³ Por una limitación espacial, no los tomaré en este trabajo, pero me refiero a la anécdota del hombre a quien los gauderios le quitan una bolsa de dinero sin que se dé cuenta del capítulo X, a la del obispo engañado por el cura jesuita del capítulo XVI, entre otras.

¹⁴ Muchos han señalado la tradición picaresca presente en estas anécdotas; pueden consultarse los excelentes capítulos dedicados a las fuentes literarias y a los aspectos jocoso de la obra de Emilio Carilla en *El libro de los misterios* (1976).

otro de los motivos jocosos: de “superiora”, “priora” y “abadesa” se pasa, por un juego de palabras que se apoya en la paronomasia, a “condesa”, completamente fuera de lugar en la cadena semántica. La función como advertencia que tiene esta inclusión está explicitada en la misma historia, la cual se cierra con la moraleja: “Cuidado con los mestizos de leche, que son peores que los gitanos”.

La última anécdota del prólogo ha sido muchas veces referida por la crítica (la historia del caballero tucumano); sin embargo, vale la pena incluir estas breves líneas:

Llegando cierta tarde a la casa rural de un caballero del Tucumán [...] reparamos que se explicaba en un modo raro y que hacía preguntas extrañas. Sobre la mesa tenía cuatro libros muy usados y casi desencuadernados: el uno era el *Viaje que hizo Fernán Méndez Pinto a la China*; el otro era el *Teatro de los Dioses*; el tercero era la *Historieta de Carlomagno con sus doce pares de Francia*, y el cuarto, las *Guerras civiles de Granada*. El visitador, que fue el que hojeó estos libros y que los había leído en su JUMENTUD con gran delectación, le alabó la librería y le preguntó si había leído otros libros, a lo que el buen caballero le respondió que aquellos los sabía de memoria [...] porque no se debía leer más que en pocos libros y buenos. [...] el visitador [...] le preguntó si sabía el nombre del actual rey de España y de las Indias, a que respondió que se llamaba Carlos III, porque así lo había oído nombrar [...]. ¿Y su padre de ese caballero? replicó el visitador, ¿cómo se llamó? A que respondió sin perplejidad, que por razón natural lo podían saber todos. El visitador, teniendo presente lo que respondió otro erudito de Francia, le apuró para que dijese su nombre, y sin titubear dijo que había sido el S. Carlos II. De su país no dio más noticia que de siete a ocho leguas en torno, y todas tan imperfectas y trastornadas, que parecían delirios o sueños de hombres despiertos. (1985: 14, cursivas en el original)

Esta supuesta experiencia protagonizada por el visitador y el tucumano sigue inmediatamente a los comentarios referidos a Pedro Peralta de Balvueno, donde se indica que si en vez de escribir *Lima fundada y España Vindicada*, se hubiera dedicado a escribir la historia civil y natural de las Américas, hubiera ganado más fama; la crítica que oculta esa acotación, es decir, dedicarse a escribir sobre países distantes en vez de conocer lo propio, se relaciona directamente con esta anécdota: un hombre encerrado en lecturas alejadas de su realidad en el tiempo y el espacio, que desconoce completamente su contexto. La satirización de este caballero que vive sumergido en “delirios o sueños” es un ataque directo hacia el tipo de erudición frívola, especialmente porque la obra de Carrió, si bien incluye estos pasajes jocosos, busca principalmente dar informaciones provechosas para los viajeros y funcionarios, en clara correspondencia con los principios ilustrados de conocimiento útil y práctico.¹⁵ La apelación al humor también se produce por la inclusión del recurso de la “palabra-cofre” que crea un término nuevo sobre la base de otros dos, como es el caso de “jumentud”, que mezcla *juventud* y *jumento*, aludiendo a que esa lecturas son propias de los jóvenes, pero en el caso del caballero maduro constituyen una “burrada”.

Anécdotas como éstas proliferan a la largo de toda la obra; algunas de ellas tienen un carácter probatorio más que ejemplificador, y constituyen historias mínimas, a veces,

¹⁵ Marcel Bataillon dice al respecto “Lo que a Carrió le interesa es lo real y lo actual, no lo libresco. La realidad americana más concreta es su objeto preferido.”(1960: 208)

formadas por una sola acción narrativa. Cuando se describen las ciudades de Montevideo y Buenos Aires uno de los tópicos reiterados es la abundancia de alimentos y el desperdicio que de ellos hacen los habitantes; por eso, se agrega luego de esa observación:

La carne está en tanta abundancia que se lleva en cuartos a carretadas a la plaza, y si por accidente se resbala, *como he visto yo*, un cuarto entero, no se baja el carretero a recogerle, aunque se le advierta, y aunque por casualidad pase un mendigo, no le lleva a su casa porque no le cueste el trabajo de cargarlo. (1985: 30, las cursivas son mías)

La abundancia hiperbolizada se prueba aquí a partir los relatos de derroche que se acumulan, especialmente cuando se refieren las costumbres de los gauderios, episodio que, por ser tan conocido, no abordaremos en esta oportunidad. A diferencia de los anteriores, estas breves narraciones no apelan al humor para ejercer la crítica, sino que invocan al sentido común; la inclusión del refuerzo de la verosimilitud dado por el carácter de testigo (“como yo he visto”) anticipa la posible incredulidad de los lectores, por eso considero que tienen carácter probatorio, más que ejemplificador.

Otros cuentos entremezclados en los capítulos siguientes intentan exhibir el carácter de los habitantes en las zonas donde las tradiciones coloniales se encuentran más vivas. Es el caso de la “mulatilla muy adornada” del capítulo IV, quien recibe azotes por vestirse de forma inadecuada a su rango social; el que aparece en el capítulo XVIII y narra cómo unos indios flagelan dos veces a un esclavo negro al perder la cuenta de azotes; o el que refiere Concolorcorvo al final del capítulo VII:

Allá otro chiste, aunque por distinto rumbo, pero siempre manifiestan el carácter de los tucumanos. Prendieron éstos a un mestizo que había robado dos mulas, y le estaban amarrando a un tronco. Llegó el capataz y preguntando qué sacrificio iban a hacer, le dijeron los peones que iban a arrimarle cuatro docenas de azotes. El capataz, que es reputado entre ellos como jefe soberano, les dijo que no hiciesen con aquel pobre semejante inhumanidad, y que le despachasen libre y sin costas cortándole las A... La miserable víctima apeló de la sentencia y aceptó la primera, porque temió las resultas de la segunda en un sitio donde no había cirujano ni boticario. (1985: 84)

Estos “chistes”, así definidos por el narrador, presentan escenas de castigo físico que expresan el orden social vigente; en todos los casos los “delincuentes” son miembros de las clases inferiores quienes de alguna manera han infringido las normas o las jerarquías sociales; aquí no se recurre al humor socarrón como en los ejemplos anteriores, pero sí hay ese humor relacionado con la violencia física tan propio de esos años; además, se establece cierta complicidad entre el narrador y el receptor por los comentarios que los contextualizan; por ejemplo, en el caso citado afirma al final Concolorcorvo: “Confieso que si yo me hallara en tal conflicto dudaría mucho sobre cuál de los dos partidos me convendría elegir, porque he visto a un tucumán, de un chicotazo, abatir al suelo a un negro robusto, y dejarle casi sin aliento.” (84)

Los “cuentos” brevemente analizados hasta aquí nos permiten observar cómo funcionan en dos niveles diferentes: por un lado, respecto del contexto donde se insertan, constituyen formas amenas para ejemplificar, aconsejar, argumentar o advertir a los

lectores y mantener a la vez su atención; por el otro, en todos los casos se refieren costumbres y prácticas sociales que de alguna u otra forma están siendo criticados, ya sea porque constituyen claros casos de conductas que van en contra de la moral, como la estafa de los serranos, o porque son reprochables desde la ética ilustrada, como la “impertinencia” de las limeñas o la ignorancia del caballero tucumano.

La consideración del lector como preocupación de época

Las anécdotas analizadas de *El Lazarillo* tienen cierta función moralizadora (aconsejar, advertir, enseñar) y pueden considerarse como recursos persuasivos y a la vez distensivos, especialmente pensando en un receptor no acostumbrado a los relatos puramente expositivos; como ya ha señalado Susana Zanetti: “Estamos ante un notable ejemplo para su tiempo de prácticas diferenciadas de lectura, en el que se presenta a un autor dispuesto a adecuarse a competencias muy generales para asegurar esa red de lectores diseñada...” (2010: 29)

Esta consideración expresa de sus posibles lectores también se realiza a partir de su figuración o apelación en el texto (Altuna 2002):

yo dirijo el mío [su libro] a la gente que por vulgaridad llaman de la Hampa o Cáscara amarga, ya sea de espada, carabina y pistolas, ya de bolas, guampar y lazo. Hablo finalmente con los cansados, sedientos y empolvados caminantes (5)

mezclé algunas jocosidades para entretenimiento de los caminantes, para quienes particularmente escribí. (13)

A esta delimitación inicial de su público, que incluye al hampa y los caminantes, se añadirán otras apelaciones diseminadas en la obra: “caminantes bisoños” (19), “señores pasajeros, así europeos como americanos” (10), “los comerciantes” (11), “señores mendocinos” (49), “se previene a los señores caminantes” (55), “los tratantes” (63), “señores muleros” (74), etc. También se espera que sus lectores sean sus colegas funcionarios, para quienes pueden ser de interés los consejos y datos prácticos ofrecidos: “mis observaciones sólo se han reducido a dar una idea a los caminantes bisoños del Camino real, [...] con algunas advertencias que pueden ser útiles a los comerciantes y de algún socorro y alivio a las personas provistas en empleos para este dilatado virreinato” (19). Es así como Carrió diseña sus lectores ideales, es decir, caminantes, funcionarios, compatriotas, y todos aquellos que tienen intereses económicos, ideológicos y políticos en los asuntos que se tratan en el relato de viaje.

Esto da cuenta de un carácter bastante moderno en la forma de concebir el alcance de su texto, el cual ya no está pensado únicamente para los representantes de la corona, sino que diseña una imagen más amplia.¹⁶ Como señala Susana Zanetti, el texto se inserta “en

¹⁶ Elena Altuna explica con claridad la aparición de nuevos componentes: “si bien ellos continúan escribiendo como resultado de viajes de visita y, por lo tanto, son destinados a lectores «institucionales», el círculo de recepción de amplía ahora notablemente, debido al interés creciente de los europeos por los relatos de viajes a países «exóticos» [...]. Esta coyuntura se conecta con un segundo aspecto: el relato de viaje deberá ser a la vez *útil* y *entretenido*; tales condiciones suponen una variante respecto del pragmatismo ético del siglo XVI, que vinculaba lo verdadero con lo útil y lo útil con lo moral. Ahora, esta última relación parece atenuarse por el influjo del utilitarismo ilustrado de la época; no se trata de acentuar lo moral del conocimiento, sino lo

una América Hispana en la cual empezaba a conformarse un nuevo público lector, más amplio que el de funcionarios y religiosos, como evidencian la edición de periódicos –*El Mercurio peruano* (1791-1795), etc. y la creación de sociedades con fines económicos, sociales y culturales.” (1999: 256).

En este sentido, aunque la inclusión de anécdotas jocosas no se trataba de una innovación retórica para los textos de ese momento, esta introducción sí constituye una novedad en el marco de los libros de viaje ilustrados; como ya hemos mencionado, su intención informativa y pragmática definía un tipo de registro bastante riguroso; sin embargo, en el caso de *El lazarillo* podemos ver cómo ese registro convive con otro más ameno. Considero que esto no sólo se debe a un deseo de “instruir deleitando” a ese público más amplio que diseña el autor, sino que tiene que ver con exigencias propias de las emergentes condiciones editoriales. Ricardo Cicerchia se refiere al fenómeno editorial que constituyen los libros de viaje en ese momento cuando afirma:

Las crónicas forman parte de la empresa política, económica y científica, pero fundamentalmente cultural. Parte de un proyecto literario a larga escala, generado por la revolución editorial que, por otro lado, imprime rasgos específicos a este tipo de “discurso colonial”. El espacio de circulación entre texto, edición, crítica y lectura es el que le otorga sentido al objeto-libro. [...] Los autores se dirigen siempre a una audiencia media y a una crítica que va adquiriendo a partir de la segunda mitad del Siglo XVIII, no sólo presencia, sino poder. (2005: 263)

Los libros de viaje gozaron, por lo tanto, de gran interés entre el público, como lo demuestra la publicación a principios del siglo de los libros de Louis Feuillée, *Journal des observations physiques, mathématiques et botaniques* (1714), o de Amédée François Frézier, *Relation du Voyage de la Mer du Sud* (1716), o, los más cercanos al de Carrió, como los de José Gumilla (*El Orinoco ilustrado* de 1741) o de Antonio de Ulloa y Jorge Juan (*Relación histórica del viaje a la América meridional* de 1748). Los viajeros que emprendían largos viajes conocían esta situación, por lo tanto no sólo escribían como un requerimiento de su cargo, sino teniendo en mente que podía ser una posibilidad real la publicación de sus historia.¹⁷

En una carta enviada por Carrió de la Vandra a los Jueces Administradores generales de la Renta de Correos fechada el 24 de abril de 1776, éste hace referencia a la solicitud de noticias por parte de conocidos y a los orígenes de la publicación de su libro:

Las continuas obligaciones en que me hallé hasta el fin de 1774, no me dieron lugar a pensar en la impresión de mi viaje, hasta que muchos amigos que tengo en la Sierra me importunaron tanto por manuscritos, que sólo uno, hice sacar, y con bastantes

«político» del mismo: el conocer de modo claro y distinto posibilita una más eficaz clasificación y un mejor aprovechamiento de los recursos. [...] La utilidad derivada de una lectura placentera suscita en el público una adhesión que opera como mecanismo de identificación cultural con el viajero” (2002: 229, cursiva del original)

¹⁷ Diana Marre señala al respecto: “Se trataba, asimismo, de viajes realizados con la certeza, adquirida en la experiencia, de que el relato escrito de esos viajes tenía un destinatario asegurado. La mayor parte de esos viajeros viajaba con la certeza de que sus escritos tenían un ámbito seguro de publicación y difusión en alguna de las muchas publicaciones periódicas de circulación en el mundo europeo por el singular crecimiento del mercado consumidor de esos productos.” (2005: 301)

erratas, me tuvo de costo 80 pesos, sin el papel, por lo que resolví hacer una impresión de 500 ejemplares, para repartir a todos los Administradores Mayores de renta, desde Montevideo a Cartagena, con sus travesías, y complacer algunos amigos.” (citado en Carilla 1976: 24)

Si bien debemos relativizar en parte estas explicaciones (por las conocidas disputas de Carrió y el Jefe de Correos José Antonio de Pando), esta carta nos aporta un dato interesante: la cantidad de ejemplares distribuidos y los destinatarios;¹⁸ sin embargo, debemos poner en duda su afirmación respecto de estos últimos ya que, como hemos señalado, el texto diseña un grupo de receptores mucho más amplio y recurre a estrategias retóricas de persuasión propias de otro tipo de público.

Con esta contextualización no pretendo contradecir las hipótesis que relacionan la publicación del *Lazarillo de ciegos caminantes* con la intención de Carrió de intervenir en la realidad colonial (me refiero a sus propuestas reformistas); sino que intento señalar que pudieron existir otros factores determinantes que hicieron que la obra manifestara esas características particulares.¹⁹ El desarrollo de un público lector más amplio habilita a que el visitador imagine una comunidad de lectores mayor sobre la cual pueda llegar a intervenir; el perfil de esos receptores, ahora caminantes, comerciantes y funcionarios, sugiere que lo más adecuado para captar su atención no era la publicación de un riguroso informe descriptivo, sino que, al mejor estilo de los predicadores, era necesario amenizar con anécdotas, chistes, refranes e, incluso, realizar una elaboración retórica que aprovechara las estrategias discursivas de la literatura, como en el caso de la construcción de una ficción narrativa llamada Concolorcorvo.

A modo de cierre

El fenómeno de la proliferación de anécdotas y cuentos en *El lazarillo de ciegos caminantes* es lo que ha despertado nuestro interés en un primer momento. Sin embargo no hemos querido simplemente analizar qué funciones tienen en el interior de la obra, es decir, sólo mencionar que actúan como consejos, advertencias, ejemplos, etc., sino intentar contextualizarlas en el campo cultural e ideológico que las vio nacer.

Señalar al inicio de la exposición el problema que puede generar el acercamiento a los textos narrativos del siglo XVIII por su “literariedad” problemática, busca comprender mejor la aparición de la obra para desterrar cualquier tipo de la lectura “aberrante” (Eco 1993); son conocidas las interpretaciones desviadas que se han hecho de ella al asignarle un carácter nacionalista o pre-revolucionario cuando surgieron dudas sobre la autoría en el

¹⁸ Jacques Lafaye nos aporta un dato interesante para comprender mejor la circulación de libros y los lectores en el siglo XVIII y lo que significaban esos 500 ejemplares: “[en 1753] un editor [en México] podía imprimir más de 1000 ejemplares de un libro, lo que implicaba, teniendo en cuenta el elevado precio y el analfabetismo de la población, con la excepción de una minoría privilegiada, que el mercado potencial era mucho más amplio que la sola región de México.” (1990: 256).

¹⁹ Podemos pensar, en este sentido, en lo señalado por Reinhard Wittmann respecto al libro en la segunda mitad del siglo XVIII, el cual comenzó a concebirse como una mercancía cultural, lo que determinó que la producción fuera determinada por las ventas (2001: 522).

siglo pasado.²⁰ Nuestra aspiración, entonces, era intentar evitar ese tipo de lecturas forzadas.

Asimismo, reconocer la emergencia de un primitivo público lector más amplio apunta a comprender que, más allá de los factores internos a la obra y a su autor, existieron determinantes de época que influyeron en su constitución; no creemos que haya habido una intención de desafiar las convenciones del género, porque daría cuenta de una sensibilidad literaria de Carrió que francamente se encuentra ausente en sus otros textos (como en la *Reforma del Perú*), pero sí podemos reconocer que la consideración del público a la hora de diseñar su obra era una preocupación contemporánea (Wittmann 2001), por eso mismo, no deberíamos ignorar o minimizar la relevancia de los componentes literarios en el texto del visitador.

Bibliografía

- Altuna, Elena (2002), *El discurso colonialista de los caminantes (Siglos XVII-XVIII)*. Ann Arbor, Michigan: Centro de Estudios Literarios “Antonio Cornejo Polar” y Latinoamericana Editores.
- Barthes, Roland (1993) [1985], “La retórica antigua. Prontuario”, en *La aventura semiológica*. Barcelona: Paidós.
- Bataillon, Marcel (1960), “Introducción a Concolorcorvo y a su itinerario de Buenos Aires a Lima”. *Cuadernos Americanos*. Año XIX. Vol. CXI (julio-agosto). México D.F.: 197-216.
- Borello, Rodolfo (1982), “Alonso Carrió de la Vandera”. Iñigo Madrigal, Luis (coord.). *Historia y Crítica de la Literatura Hispanoamericana*. Vol. I. Barcelona: Crítica: 151-157.
- Bourdieu, Pierre [1966] (2003), “Campo intelectual y proyecto creador” en *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto*. Trad. Alberto C. Ezcurdia. Buenos Aires: Quadrata.
- Carilla, Emilio (1976), *El libro de los “misterios”: el lazarillo de ciegos caminantes*. Madrid: Gredos.
- Carilla, Emilio (1982) [1971], “El misterio de *El lazarillo de ciegos caminantes*”. Bustos Tovar, Eugenio (coord.). *Actas del Cuarto Congreso Internacional de Hispanistas*. Vol. 1: 255-268.
- Carrió de la Vandera, Alonso (1985), *El lazarillo de ciegos caminantes. De Buenos Aires a Lima*. Barcelona: Biblioteca Ayacucho.
- Cicerchia, Ricardo (2005), “John Bull y el *grand tour* de los mapas nacionales”. *Identidades, géneros y ciudadanía. Procesos históricos y cambio social en contextos multiculturales en América Latina*. Quito: ABYA-YALA: 257-294.
- Eco, Umberto (1993) [1979], *Lector in fabula. La cooperación interpretativa en el texto narrativo*. Barcelona: Lumen.

²⁰ Elena Altuna explica que: “en vida de Carrió y hasta el surgimiento de la república no se puso en duda su autoría; la «genealogía del error» se origina en el momento en que la cultura criolla se empeña en «nacionalizar» sus testimonios literarios, y se complica con posteriores reivindicaciones indigenistas.” (2002: 181)

- Forace, Virginia (2013), “La construcción de la reputación autoral en *El lazarillo de ciegos caminantes*, de Alonso Carrió de la Vandra”, en *Revista del CeLeHis*, año 22, Nº 26: 159-174.
- Lafaye, Jacques (1990), “Literatura y vida intelectual en la América española colonial”. Bethell, Leslie (ed.). *Historia de América Latina*. Barcelona: Crítica, tomo 4: 229-261.
- Lavrin, Asunción (2006) [1996], “Cultura virreinal”. Roberto González Echevarría y Enrique Pupo-Walker (eds.). *Historia de la literatura hispanoamericana I. Del descubrimiento al modernismo*. Madrid, Gredos: 305-353.
- Lempérière, Annick (1998), “República y publicidad a finales del Antiguo Régimen (Nueva España)”, en Guerra, Francois-Xavier, Annick Lempérière et al., *Los espacios públicos en Iberoamérica: ambigüedades y problemas: siglos XVIII-XIX*. México DF: FCE, 54-79.
- Marre, Diana (2005), “Los «lazarillos» de la historia: relatos de viajeros, migración de estereotipos y construcción de identidades nacionales en el Río de la Plata decimonónico”. Cicerchia, Ricardo (comp. y ed.), *Identidades, géneros y ciudadanía. Procesos históricos y cambio social en contextos multiculturales en América Latina*. Quito: ABYA-YALA: 295-320.
- Mignolo, Walter (1999), “Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento”. *Historia de la Literatura Hispanoamericana. Época colonial*. Tomo I. Madrid: Cátedra: 57-93.
- Ocasio, Rafael (1997), “*El lazarillo de ciegos caminantes*, una visión de la organización social en el mundo virreinal”. Foster, David y Altamiranda, Daniel (eds.), *Writers of the Spanish Colonial Period*. New York: Garland Publishing, Inc.: 394-407
- Prat Ferrer, Juan José (2007), “Los exempla medievales: Una etapa escrita entre dos oralidades”, *Oppidum* 3: 165-188.
- Pupo-Walker, Enrique (1980), “Notas para una caracterización formal de *El lazarillo de ciegos caminantes*”. *Anales de Literatura Hispanoamericana*, vol. VIII, nº 9: 187-209.
- Rodilla-León, María José (1997), “Lazarillos del Nuevo Mundo o las apreciaciones de un viajero ilustrado”. *Varia Fortuna. Representaciones de la realidad en la literatura latinoamericana*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa: 37-52.
- Rodrigo, Enrique (1992), “«Un viaje algo circunstanciado»: el destinatario de *El lazarillo de ciegos caminantes*”. En *Actas del XI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*. Vol. 4: 21-27.
- Silva, Renán (1998), “Prácticas de lectura, ámbitos privados y formación de un espacio público moderno. Nueva Granada a finales del Antiguo Régimen”, en Guerra, Francois-Xavier, Annick Lempérière et al., *Los espacios públicos en Iberoamérica: ambigüedades y problemas: siglos XVIII-XIX*. México DF: FCE, 80-106.
- Stolley, Karen (1992), *El Lazarillo de ciegos caminantes: Un itinerario crítico*. Hanover: Ediciones del Norte.
- Stolley, Karen (2006), “El siglo XVIII: formar narrativas, erudición y saber”. González Echevarría, Roberto y Pupo-Walker (eds.). *Historia de la Literatura Hispanoamericana. Del descubrimiento al modernismo*. Tomo I. Madrid: Gredos: 354-390.
- Tuninetti, Ángel (2001), “Introducción”, en *Nuevas tierras con viejos ojos. Viajeros españoles y latinoamericanos en Sudamérica, siglos XVIII y XIX*. Buenos Aires: Corregidor, 14-31.

- Wittmann, Reinhard (2001), “¿Hubo una revolución en la lectura a finales del siglo XVIII?”, en Cavallo, Guglielmo y Chartier, Roger (dirs.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid: Santillana-Taurus, 495-537.
- Zanetti, Susana (1999) [1995], “La trama de las voces en *El lazarillo de ciegos caminantes* de Alonso Carrió de la Vandra”. En Perilli, Carmen (comp.). *Las Colonias del Nuevo Mundo. Discursos Imperiales*. San Miguel de Tucumán: Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos-Facultad de Filosofía y Letras Universidad Nacional de Tucumán: 255-265.
- Zanetti, Susana (2010), “La trama de la lectura y la escritura en *El lazarillo de ciegos caminantes* de Alonso Carrió de la Vandra”, *La dorada garra de lectura: lectoras y lectores de novela en América Latina*. Rosario: Beatriz Vitervo Editora: 19-59.